

Del internacionalismo proletario a la gran incógnita

Allá por los comienzos de la década de los sesenta, la izquierda mundial vibraba con el reciente triunfo de la revolución cubana, con la lucha independentista argelina de Ben Bella, con la personalidad africana de un Patrice Lumumba, con Ho Chi minh, libertador de Vietnam del yugo francés y con la República Popular China, gigante del comunismo que se alzaba, "basándose en sus propios esfuerzos" y que con el apoyo de sus voluntarios había definido la guerra de liberación del pueblo norcoreano. En esa época, otras alternativas parecían darse en el campo de la revolución socialista mundial, hasta ese momento reducido a la URSS y a las así llamadas democracias populares.

El antecedente no muy lejano a tal entusiasmo e inquietud de la izquierda mundial fue, sin duda, el informe de Nikita Krushev al Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, con el que se inicia el llamado proceso de desestalinización, que Ilia Ehreburg denominó literariamente de "deshielo" con la publicación de su libro homónimo y que abrió la estrechez de una ortodoxia de casi treinta años.

En ese entonces, la apertura a la discusión política dentro de la izquierda la inician documentos tales como la Segunda Declaración de La Habana y un folleto muy difundido por los chinos llamado "Viva el leninismo" que, extrapolando frases de V. I. Lenin, planteaba la necesidad de volver al marxismo-leninismo para impulsar la revolución mundial con renovada fuerza.

Todo lo anterior, sumado a la estrategia "foquista" de la época, expresaba la línea de un comunismo que, sin perder de vista el así denominado "internacionalismo proletario", llamaba a seguir una línea propia, independiente, fuera de esquemas. A las rígidas posiciones de un Komintern y luego de un Kominform, sucedíase un periodo enriquecedor de heterodoxias y de aperturas multifacéticas en el socialismo. Allí estaban para demostrarlo Argelia, Cuba, Yugoslavia, Corea, la URSS y las democracias populares, y en importante lugar, la República Popular China. Los anaqueles de los izquierdistas, otrora "unilineales", se llenaron de obras de Mao Tse tung, el "Che" Guevara, Fidel Castro, Trotzky y Ho Chi minh, junto a las de Marx, Engels y Lenin. Ser heterodoxo ya no era un anatema.

La revolución china representaba por aquel entonces la independencia. Entre las economías complementarias eligió un modelo propio, en vez de tratativas a alto nivel, intervino en Corea contra la invasión norteamericana. Era el socialismo a lo pobre, modelo eventual para los países del tercer mundo que comenzaban a agitarse a los vientos de la emancipación y la descolonización. Ahí estaban como ejemplos señeros la Gran Marcha y la frase "Que

se abran cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento"; ahí estaba Mao que venció a los japoneses y a Chiang Kai shek y a su camarilla; ahí estaban las decenas de millones de campesinos dispuestos a llevar adelante su revolución en forma tan masiva que no recuerda la historia.

Años más tarde, en 1968, el reguero de inquietudes que sacudió a Francia, Alemania e Italia y a muchos países latinoamericanos fueron, en parte importante, repercusiones de un país, China, que no sólo había hecho su revolución política y económica, sino que también iniciaba su *revolución cultural*.

Sin embargo, a esa altura del proceso y de la pureza política demandada por los comentaristas políticos del diario *Reminribao* o de *Pekín Informa*, surge el problema de la exaltación *post mortem* de la figura de José Stalin como una manera de atacar a Krushev y su política de apertura hacia Europa y los Estados Unidos, situación que los observadores políticos explicaron como un proceso de diferenciación y distanciamiento cada vez más profundo entre ambas potencias del socialismo.

Luego vino la superexaltación del soldado Lei Fun, ejemplo de trabajo y sacrificio, cuya moralidad parecía destinada a cotejarse con la de otros países socialistas. Enseguida la muerte de Lin Piao, ex "íntimo compañero de armas" de Mao Tse tung, abatido en un avión en la frontera con Mongolia, supuestamente en dirección a la URSS. Resaca de los ataques a Liu Shao shi, tratado de "vendeobreros" y "restaurador del capitalismo" en la revolución cultural, líder del gobierno y héroe de las huelgas de mineros y ferrocarrileros de comienzos de siglo.

Sin embargo, estas luchas intestinas agudas fueron dejadas de lado por la izquierda mundial ante el real apoyo a la lucha camboyana y a los patriotas de Vietnam, y ante el fenómeno de revolución cultural en que millones de soldados, obreros y campesinos agitaban en multitudinarias concentraciones el libro rojo de las citas del presidente Mao.

Lo anterior eran problemas internos, disminuidos ante la aplicación de la obra sobre las contradicciones de Mao en la conservación de los tomates, la construcción de la bomba atómica que implicaba un gran desarrollo tecnológico, y los importantes logros en la agricultura que dieron de comer a cerca de ochocientos millones de personas y que posibilitaron además la exportación de productos agropecuarios.

Los problemas internos como los de las campañas en contra del filósofo del siglo IV antes de Cristo, Confucio, la campaña en contra de la música de Beethoven que hizo a García Márquez expresar su extrañeza por un régimen que corta relaciones con Beethoven y las mantiene con Pinochet, y la actual campaña en contra de Teng Siao ping rehabilitado por Chou En lai y motejado de "restaurador del capitalismo", son problemas internos, repetimos, y en cuanto tales, no somos los llamados a calificarlos; son simples datos para otro tipo de comentarios o análisis, así como las escaramuzas en la frontera del río Amur entre soviéticos y chinos con saldo de muertos por ambos lados.

Lo que ha llamado la atención a la izquierda mundial son realmente otros asuntos de la política exterior china derivados de su polémica con la URSS. Durante la peor crisis del bloqueo contra Cuba, país socialista nuevo y amenazado, China se niega a aumentar sus ventas de arroz a la isla y más tarde entorpece parte del envío de pertrechos soviéticos a los patriotas vietnamitas.

Sin embargo lo que más ha llamado la atención ha sido la actitud con respecto a la situación chilena. En Chile, poco antes del golpe militar, la casi totalidad de la izquierda no integrada a la Unidad Popular, dio su apoyo crítico al gobierno de Allende en contra de los planes de la CIA y las transnacionales: el MIR, el Partido Unión Socialista Popular, el MR-2 y los trotskistas.

La única excepción fue el Partido Comunista Revolucionario de confesada orientación maoísta. Hasta ese momento la casi totalidad de la izquierda y el pueblo de Chile sentían una gran simpatía por China, su revolución y su gobierno. Vino el golpe de Augusto Pinochet. Un alto dirigente del PCR fue llamado en el primer bando de la Junta Militar, junto a otros altos dirigentes de la izquierda. La embajada de China en Santiago le negó asilo o refugio, así como a los directivos del Instituto Chileno-Chino de Cultura. En el Té Dèum realizado a los pocos días del golpe, fueron los representantes de Pekín los primeros en aparecer sonriendo en compañía de los verdugos de Chile. ¿Era necesaria tal publicitación de apoyo diplomático al grupo castrense que asaltó el poder?

¿Fue necesaria, volvemos a preguntar, esa manifestación de duelo poco tiempo después al mandar la más hermosa corona a los funerales del primer ministro de Franco, Carrero Blanco, ajusticiado por la ETA?

A las pocas horas del golpe chileno la casi totalidad de los países socialistas rompen relaciones con Pinochet, excepto Rumanía, Albania, Camboya y la República Popular China. Países democráticos no socialistas como México cortan relaciones diplomáticas con la Junta Militar Chilena, Italia prácticamente lo hace. China estrecha relaciones con la Junta. Solamente en los últimos meses compra 20 000 toneladas de cobre, otras 10 000 de salitre y vende 10 000 toneladas de arroz. El crédito de 100 millones de dólares que había concedido al gobierno de Salvador Allende es "respetado" y se anuncian nuevos créditos por centenas de millones de dólares a lo que habría que agregar la venta de armas denunciado por el diario *Expreso* de Lima el 23 de febrero, aunque desmentido por la embajada china en esa ciudad.

Para el pueblo de Chile, obreros, campesinos, resistentes a la dictadura lo anterior es incomprensible, como suponemos será incomprensible para el pueblo angoleño el apoyo chino a Holden Roberto, coludido con la derechista UNITA y los racistas de Sudáfrica en contra de los patriotas de Angola. También para muchos es incomprensible el oxígeno ofrecido a un cadáver político como Richard Nixon, estrechamente ligado a los genocidios en Vietnam, Camboya y Laos.

China tiene problemas con la URSS, problemas fronterizos, problemas de

hegemonía política, problemas económicos y militares, es decir problemas reales. Sin embargo, la ideología que muchas veces por ambas partes encubre estos problemas reales es la ideología de un marxismo hipostasiado a la categoría de absoluto racional y ético. Sabemos que muchas de las incomprensibles actitudes que toman ciertos regímenes se deben a lo que hace centenares de años Giovanni Botero denominó la "razón de estado" y esto hasta ahora cae dentro de las reglas del juego político internacional. Pero cuando la razón de Estado se inscribe en algo similar a la concepción maniqueísta del bien y del mal absolutos, no sólo se llega a una concepción filosófica ya superada por San Agustín en el siglo IV, sino a absurdos doctrinarios que nada tienen que ver con la obra de ese autor tan mencionado y tan poco leído llamado Karl Marx.

La URSS fue el primer país socialista de la tierra. Los trabajadores del mundo entero miraron con admiración y alegría aquel proceso. La era stalinista produjo resquebrajaduras y decepciones en la izquierda mundial. En un comienzo China representó una alternativa, pero al escaso correr de los años, ha venido a significar una frustrada incógnita para las izquierdas comunistas y no comunistas, una posibilidad al parecer cerrada. En otras palabras, para los países del tercer mundo los liderazgos se van cerrando en la medida que se abren las puertas a los caminos originales que se basan en correctas apreciaciones de sus propias realidades.

La izquierda mundial heterodoxa ha sido crítica de la URSS, pero su crítica ha sido casi siempre desde la misma barricada, una crítica desde el marxismo. Los chinos han propuesto una crítica desde el maoísmo, mientras ambas potencias se disputan la amistad del imperio bicentenario.

Ante el observador más inadvertido aparecen las diferencias entre China y la URSS como olvidando la tesis del *enemigo principal* y cayendo en ataques tan enconados como los registrados por la prensa mundial durante los últimos quince años.

Los conflictos internacionales de la presente década se agudizan día a día. Estados Unidos reclama un liderazgo dentro de toda el área capitalista transnacional. La URSS y China se disputan el liderazgo en el mundo socialista y ofrecen modelos alternativos. Sus arietes son *ayudas* para lograr áreas de influencia y principalmente *argumentos doctrinarios*. Desgraciadamente, muchas veces, la pureza de la doctrina encubre la impureza de la razón de estado. En otras palabras, la máscara de Karl Marx encubre el rostro de Macchiavelli.

Lo peor de todo lo dicho anteriormente es que el tercer mundo, hasta ahora sin fuerzas, vive a la expectativa de un juego en que a pesar de ser actor, ha sido invitado solamente como espectador. "Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad", decía Antonio Gramsci.